

LA TRANSFORMACION DEL ROL DE LA MUJER; DE LA BIBLIA AL TALMUD

Theodore Friedman

Theodore Friedman es rabino Conservador jubilado. Vive actualmente en Israel. Anteriormente fue editor gerente de *Judaism*. Tomado de *Judaism*, vol. XXXVI, Nº 4, Otoño 1987.

En la historia del judaísmo no hay contraste más agudo que el que se observa entre el rol social de la mujer en la época bíblica y su virtual exclusión de la vida social en el período talmúdico. En la primera encontramos a la mujer participando activamente en todas las manifestaciones de la vida social -políticas, económicas y religiosas-. En el período talmúdico, ellas desaparecen de la escena pública. El contraste, como será señalado luego, va más allá de la participación en la vida social. Entre la Biblia y el Talmud hay un cambio radical; realmente, un cambio total en la opinión que el hombre tenía acerca del sexo femenino. Este autor ve esto último como corolario del fenómeno al que se alude más arriba.

Este notable contraste que procederemos a analizar suscita una pregunta inevitable. ¿Cómo se puede explicar la transformación? Será propuesta una hipótesis basada en lo que consideramos es una evidencia sólida. Pero primeramente, una visión general del rol social de la mujer en los períodos bíblico y talmúdico.¹

Las mujeres participaban en los grandes actos religiosos. El Deuteronomio (29:10) menciona específicamente la presencia de la mujer en ocasión de la entrada de Israel en el Pacto con D's, en tiempos de Moises. Así mismo, las mujeres son mencionadas al estar presentes en el Monte Ebal, cuando Ioshua lee la Torá al pueblo de Israel (Josué 8:35). El cumplimiento del precepto de realizar una lectura bíblica de la Torá cada siete años, durante la Festividad de Sucot, requiere la presencia de las mujeres (Deut. 31:12). Las mujeres acompañaban a sus esposos cuando éstos iban en peregrinación al Santuario. Al parecer, era casual que las mujeres rezaran en el Santuario en tales ocasiones, (I Sam. 1:12). Cuando David llevó el arca a Jerusalem en alegre procesión, las mujeres participaron cantando y bailando al lado de los hombres (II Sam. 6:19,22). Las mujeres iban a consultar al Profeta en sábados y durante las Festividades (II Reyes 4:23) y hemos leído acerca de mujeres que salían a saludar a los guerreros victoriosos que volvían de la guerra, con cantos de alabanza (I Sam 18:7).

Además, por supuesto, están en la Biblia las mujeres denominadas profetisas -Miriam, Débora y Julda-. Es digno de atención que cuando se descubrió en el Templo un rollo de la Torá, en tiempos del rey Josías, éste envió a consultar a un profeta sobre el significado del hallazgo. La delegación consultó a la profetisa Julda (II Reyes 22:14) y no al profeta Jeremías, su coetáneo. El texto bí-

blico no ofrece explicación alguna de esta elección.²

En el período bíblico, la mujer participaba libremente en eventos sociales, tales como bodas y funerales. En las primeras, ellas cantaban y danzaban (Cant. de los Cant. 2:7; 3:10), mientras que en los últimos, las mujeres conocidas como plañideras cantaban cantos fúnebres compuestos por ellas mismas (Jer. 9:17; II Cron. 35:25).³ De la descripción del salmista (Salm. 68:26) surge patente que las mujeres, junto con los hombres, tocaban instrumentos musicales en las procesiones públicas.

Pero no era sólo en eventos públicos que las mujeres desempeñaban un rol prominente; las encontramos también ocupadas en lo que actualmente llamaríamos misiones diplomáticas. Hay, p. ej., una referencia a la "sabia mujer", de Tecoa, que es enviada por Joab ante David para persuadir al rey de levantar la proscripción que había aplicado sobre Absalóm (II Sam. 14:2). Y es una hábil mujer quien con sus palabras y un acto temerario salva a su ciudad de la amenaza de Joab y su ejército, de destruirla. Entre esas mujeres sabias y persuasivas al hablar, se debe mencionar a Abigail, quien salvó la vida de su esposo apelando ante David (I Sam. 25:25; 26,30). Debe observarse que en los tres discursos de las mujeres mencionadas hay, claramente, formas poéticas las cuales deben haber sido compuestas por ellas mismas.

En el campo económico, en el capítulo 31 del Libro de los Proverbios (Mujer de valor) se ofrece una descripción de una mujer dedicada al comercio, incluyendo la adquisición de propiedades (Prov. 31 : 16,24). Ver también el Libro de Ruth (4:2) donde Naomi está por vender una porción de tierra.

La precedente revisión, reconocidamente incompleta, del rol de la mujer en la vida social durante la época bíblica, bastaría para establecer que, aparte de servir como sacerdotisas en el Templo, un rol del cual la mujer fue excluida por razones obvias, no había esfera de la vida pública, en la que la participación de la mujer no fuera un suceso diario.

Concomitante con este hecho, y sin duda relacionado con él, es la alta consideración en que se la tenía. Una esposa inteligente es considerada como un regalo de D's (Prov. 19:14). Según un escritor bíblico, D's difícilmente podría haber dicho a Abraham: "Todo lo que Sara dice escucha con atención" (Gen. 21:12), a menos que tuviera a las mujeres, en general, en gran estima. El autor de los Proverbios manifiesta que quien ha encontrado una esposa, ha encontrado un bien genuino (Prov. 18:22). El único misógino de toda la Biblia es Kohelet con su agria declaración: "Encuentro a la mujer más amarga que la muerte; ella es toda trampas, sus manos son grilletes y su corazón insidias" (Koh. 7:26). El continúa diciendo: "Encontré sólo un ser humano auténtico entre mil; el que encontré entre tantos no fue nunca una mujer" (Ibid 7:28). La opinión misógina de Kohelet es luego explicada por el consenso de los eruditos bíblicos acerca de que el libro puede ser fechado en algún momento del período helenístico y que ello revela la fuerte influencia griega. Pero hay más sobre la influencia de pensamiento y de las costumbres helenísticas.

Comenzamos ahora nuestro breve examen del rol de la mujer en la vida social, durante la época talmúdica, o, mas precisamente, la falta de dicho rol debido a su segregación de lugares y acontecimientos religiosos. La siguiente Mishná (Suká 5:2), evidentemente, precede a la destrucción del Segundo Templo, pero es difícil decir en cuanto tiempo. Desde que asume la costumbre farisaica de verter agua sobre el altar durante Sucot (simjat bet ha-shoevá), puede muy bien considerarse contemporánea de la admisión de esa práctica, en contra de su rechazo por los saduceos, probablemente bastante cerca de los comienzos de la primera centuria A.E.C. De cualquier modo, la Mishná señala un cambio en la hasta ese momento costumbre predominante concerniente a la segregación de las mujeres en acontecimientos religiosos. La Mishná indica "Al finalizar el primer día de la festividad (Sucot) ellas bajaban al atrio de las mujeres y constituía un gran adelanto." Un tanaíta (Suká 51b) explica que, originalmente, el compartimento era abierto y ellos lo cerraron con una división para que las mujeres se sentaran arriba y los hombres debajo. Un baraíta (Ibid.) agrega que, originalmente las mujeres se situaban en el Atrio de las Mujeres (Ezrat Nashim) y los hombres, justamente, fuera de él. Esta distribución, sin embargo, resultó ineficaz contra el devaneo entre los sexos, después de lo cual la cambiaron y así las mujeres se sentaron arriba y los hombres abajo.

Es muy dudoso, sin embargo, que la disposición de un Atrio de Mujeres en el Templo Herodiano fuera motivado, originalmente, por el deseo de segregarlas. Realmente, eventos variados tuvieron lugar allí que involucraban a ambos, hombres y mujeres.⁴

En todo caso, tan especial zona para las mujeres, no es mencionada en la detallada descripción del Templo de Salomón (Reyes 1-7), y se puede asumir con seguridad que no existía esa zona tan específicamente designada y que los sexos se mezclaban libremente.

Pero, en la época talmúdica, la visita al Templo era una de las poco frecuentes manifestaciones que llevaba a la mujer más allá de los confines de su hogar. Se contaba con que las mujeres respetables permanecieran dentro de él. En el lenguaje talmúdico, una prostituta era mencionada como "una mujer que sale de su casa".⁵ El Talmud interpreta el versículo: "Toda gloriosa es la hija del rey en su morada"⁶ (Salm. 45:14)⁷ dando a entender que el honor de una mujer requiere que ésta permanezca en su hogar. Es innecesario decir que la interpretación refleja la realidad social del momento más que el simple significado del versículo. La evidencia de que la mujer, normalmente, permanecía en su hogar la encontramos en el siguiente pasaje, en el Midrash: "Es costumbre que la mujer esté en el hogar y es costumbre que el hombre vaya a la plaza del mercado".⁸ En forma similar, otro Midrash manifiesta que una mujer que cuida de su hogar es merecedora de casarse con un Gran Sacerdote.⁹ Hay por lo menos un caso, del cual hay constancia, en el que alguien encerraba a su mujer. Así, R. Meir, un tanaíta de la segunda centuria, declara que "ésto se adapta a la costumbre de Pappus ben Iehuda quién, cuando dejaba su casa, acostumbraba a encerrar en ella,

con llave, a su esposa."¹⁰ Además, a este respecto, el Midrash asevera que una mujer que se muestra más allá de los límites de su hogar esta destinada, a la larga, a sucumbir a la tentación. Por lo tanto, un hombre mantiene a su esposa en casa.¹¹

Las fuentes indican que las compras eran hechas por el esposo¹² o por un sirviente.¹³ La excepción a la costumbre general la constituía la ocasión en que la mujer salía para comprar el material con el cual ella haría, en el hogar, sus propios vestidos.¹⁴ Tampoco era ésta la única ocasión en que la salida de la mujer, de su casa, era considerada lícita. Necesidades económicas impulsaban a las mujeres pobres a convertirse en las que, con su trabajo, proveían el alimento de sus familias, y a ocuparse de comerciar en pequeña escala, en la plaza del mercado.¹⁵ No obstante a una mujer autorizada a sustentarse de la ofrenda que recibe el sacerdote (Trumá), no se le permitía entrar en el campo para recibirla.¹⁶ Contrasta ésto con el relato bíblico de Ruth en el campo de Boaz. Así mismo, no era considerado menos lícito que una mujer fuera a la Casa de Estudio a escuchar una prédica¹⁷ o para rezar.¹⁸ De igual manera, era respetado el derecho fundamental de una mujer a visitar a sus parientes, una casa de duelo o asistir a una fiesta de casamiento.¹⁹ Pero todas esas ocasiones eran excepciones a las normas y costumbres generales que, en realidad, llevaban a las mujeres a vivir hasta el fin de sus días dentro de los confines del hogar.

La presencia de una mujer ante una audiencia, un lugar público donde ella estaría en contacto con hombres, era considerado como una afrenta a su dignidad de mujer. De ahí que el Talmud determina que "Un hombre no desea que su esposa sea expuesta a la indignidad de aparecer en público."²⁰ Si algunas mujeres lo hacían, un hombre no debía entablar conversación con ellas aun cuando una de ellas fuera su esposa.²¹ Se consideraba que una mujer que salía de su casa y hablaba con otros hombres que no fueran parientes atraían el mal sobre si misma y sobre sus hijos.²² Samuel, un amoraíta de la primera generación babilónica, manifiesta que es impropio de un hombre, bajo cualquier circunstancia preguntar por la mujer de alguien.²³ Aparte de un insignificante número de nombres de las respectivas esposas de varios eruditos, en el Talmud se hacía referencia a una mujer, no por su nombre personal, sino como "la de la casa del Rabino Fulano de tal".

Detectamos la opinión, aun cuando hay otras, de que la función esencial de la mujer es dar a luz hijos.²⁴ El tanaíta R. Jíyya, tenía problemas con su esposa, melévola y rencorosa, y cuando se le preguntaba porqué no se divorciaba de ella, replicaba: "Es suficiente para nosotros que ellas críen nuestros hijos y nos preserven del pecado".²⁵ En el hogar era el hombre el que actuaba como anfitrión de sus visitantes masculinos, nunca su esposa.²⁶ La disposición talmúdica de que²⁷ las mujeres reciten la bendición después de las comidas, refleja, probablemente, la costumbre de las mujeres de comer solas.

En cuanto a su educación, era rara la mujer que tenía algun conocimiento sobre la Torá.²⁸ Los eruditos daban por sentado que las mujeres, siendo de capa-

cidad intelectual limitada²⁹ iban a la Casa de Estudio meramente a escuchar (pero no a entender la disertación de los eruditos).³⁰ Y en lo que respecta a su participación en eventos públicos, tales como bodas y funerales, ya hemos tomado nota de su rol especial en los funerales.³¹ El Talmud³² registra el canto y la danza de los hombres en las bodas, pero no hace referencia a mujeres haciendo lo mismo. Quizás la situación social de las mujeres en el período talmúdico puede ser sintetizada mejor con las palabras de un erudito de esa época, R. Dimmi - "Envuelta como una doliente (una referencia a que cubría su cara y su cabello con un velo), aislada de la gente y recluida en prisión".³³

Cada uno de los componentes de la descripción que hemos hecho del aislamiento de las mujeres, en la época talmúdica, virtualmente, encuentra su análogo en la antigua sociedad ateniense, del período post-Homérico.³⁴ Comenzamos con el hecho que, aun en casas pequeñas, viviendas especiales para las mujeres de la casa, eran construídas aparte. Esas eran conocidas como *gunaekion* (casa de mujeres) y frecuentemente los dramaturgos griegos se referían a ellas.³⁵ Estaban ubicadas, ya sea en la parte posterior de la casa o en el piso superior. Era usual echar cerrojo a las puertas que daban a ellas y se contaba con que las mujeres de la casa permanecieran ahí. Alguien podía proclamar que sus hermanas y sobrinas habían vivido "con tal recato que se hubieran turbado de ser vistas por sus parientes masculinos".³⁶ Un acusador público griego del S. IV A.E.C., publica este pequeño consejo: "Una mujer que sale de su casa debe estar en un período de su vida en el cual, aquellos que se encuentren con ella, no pregunten de quién es la esposa, sino de quién es la madre".³⁷ Para no nombrar sino un dramaturgo griego respecto al tema del confinamiento de la mujer en su hogar, citaremos una frase de Menandro en la que un hombre le dice a su esposa: "Te has excedido mujer; los límites de una mujer casada son la puerta de calle del peristilo".³⁸

Las compras eran hechas por el esposo, o si la casa era grande por un esclavo. El dramaturgo Teócrito hace a una esposa burlarse de su marido, quien habiendo sido enviado por ella a hacer las compras, vuelve con artículos totalmente equivocados.³⁹ Cuando una mujer estaba obligada a hacer personalmente las compras, era acompañada, invariablemente, por un esclavo.⁴⁰ Solo las mujeres de las clases inferiores iban de compras. En Atenas, algunas de estas últimas, por necesidades económicas, trabajaban como parteras, nodrizas o se ocupaban de comerciar en pequeña escala.⁴¹

Si de las mujeres respetables se esperaba verlas poco en público, aun menos debían ser oídas. Acerca de esto tenemos el testimonio de un historiador y de un dramaturgo, para citar sólo alguna evidencia. Tucídides pone las siguientes palabras en boca de Pericles en la famosa Oración Fúnebre de éste.

"Quizás debería decir una o dos palabras sobre los deberes de las mujeres, a aquellas de vosotras que hayan enviudado. Puedo decir todo lo que tengo que decir, en breves palabras de consejo. Vuestra gran gloria es no ser inferiores a lo que Dios ha hecho y la mayor grandeza de una mu-

jer es que los hombres no hablen de ella, ya sea para ensalzarla o para criticarla".⁴²

En verdad, era costumbre aceptada en Atenas no referirse nunca a una mujer por su nombre, sino simplemente como la mujer de fulano de tal.⁴³ Rara vez, una mujer hablaba en presencia de hombres.⁴⁴ Sobre la reserva que se esperaba de las mujeres en presencia de los hombres, citamos de un brillante análisis sociológico de caracteres en las piezas de Aristófanes:

"Eurípides... es el poeta considerado, generalmente, como el campeón de la emancipación de las mujeres... Pero en las tragedias de Eurípides se enfatiza frecuentemente que las mujeres deben estar en silencio, no deben argumentar con los hombres, no deben hablar en primer término y no deben hablar con extraños".⁴⁵

En el hogar, en presencia de visitantes masculinos, la mujer ateniense no era vista ni oída. "Cuando el esposo agasajaba a visitantes masculinos, las únicas mujeres presentes eran aquellas que no tenían reputación que perder, excepto las profesionales".⁴⁶

Normalmente, el ateniense no comía con su esposa, especialmente cuando se hallaban presentes visitas masculinas.⁴⁷

Es común entre los escritores clásicos griegos, refutada sólo por Aristófanes (ver Lisistrata), la suposición de que las mujeres eran por naturaleza inferiores a los hombres. A ese respecto, se puede citar a Platón y Aristóteles. En su República (431 c) Platón pone en un mismo nivel "niños, mujeres y esclavos". No hay rama de la actividad humana en la cual el sexo femenino no sea inferior al masculino (Ibid. 455 c). En su proyecto utópico del estado ideal escribe: "La mujer es admisible en todas las actividades tanto como el hombre, aunque en todas ellas la mujer es más débil que el hombre" (Ibid. 455 d). El estagirita se expresa de modo similar: "Un hombre que fuera sólo tan valiente como una mujer valiente, sería considerado un cobarde" (Política 1277 b). A la luz de esta usual suposición, aconseja Eurípides a las mujeres que: "es conveniente que las mujeres que son prudentes actúen en todo a través de los hombres".⁴⁸

Conforme a esto, mientras un niño comenzaba, en Atenas, su educación formal a los siete años, una niña no iba a la escuela. Su instrucción estaba limitada a las tareas domésticas, que eran enseñadas en el hogar por las mujeres mayores. He aquí como Xenofon describe este adiestramiento. Dice que la novia de alguien había vivido "bajo una estricta supervisión, de modo que ella conociera lo menos posible... pero también tenía un entrenamiento verdaderamente bueno para el manejo de los alimentos, lo cual me parece la más importante habilidad que debía poseer".⁴⁹

Actividades domésticas aparte, se puede muy bien presumir que el común de las mujeres era iletrado. Eurípides plasmaba las heroínas de sus tragedias sobre la imagen de la mujer ateniense de su tiempo (Siglo V; A.E.C.). Es revelador que, en su pieza, *Ifigenia en Táuride*, describa a *Ifigenia* como incapaz de redactar una carta.

Por lo tanto, para el ateniense, la función esencial de su esposa era criar a sus hijos y manejar la casa. Demóstenes compendia esa actitud cuando escribe:

"Las hetairas (una combinación entre una acompañante femenina educada y una prostituta) que tenemos para nuestro placer, las concubinas para el cuidado diario de nuestras personas, las esposas para criar a nuestros hijos legítimos y para ser guardianas de nuestras casas".

Entre paréntesis, esas hetairas, como Aspasia la famosa concubina de Pericles, no eran atenienses de origen, lo que explica la educación.

Existía animadversión entre los principales dramaturgos clásicos griegos. Eurípides estaba fascinado por las mujeres, pero, tomando todo en consideración, puede ser juzgado como un misógino intransigente. En su *Medea* pone las siguientes palabras en boca de Jason: "Desearía que los mortales pudieran procrear sus bebés de otro modo, que el sexo femenino no existiera, así, no caería sobre el hombre ninguna maldición".⁵⁰ Aristófanes, en su pieza *El Thesmophoriazusa*, satiriza a Eurípides sometiéndolo al juicio de las mujeres, cuya índole él había censurado en sus obras. Principiando el ataque, una de las mujeres manifiesta: "No creo que hay una sola falta de la que él no nos haya acusado, llamándonos mentirosas, pérfidas, bebedoras, chismosas dañinas, una clase corrupta, una calamidad para el hombre".⁵¹

Menandro (Siglo IV, A.E.C.) es categóricamente fanático acerca del tema. Una veintena o más de acerbos pasajes sobre las mujeres podrían ser citados de sus piezas, pero uno o dos bastarán. "Puesto que una mujer es un mal necesario, sólo quien consigue la más tolerable es afortunado."⁵² De las diversas bestias salvajes que hay sobre la tierra y en el mar la más brutal de todas es la mujer".⁵³

Se buscaría en vano literatura rabínica con algo que se aproxime a manifestaciones tan agrias. En comparación con el tono tan dominante de anti-feminismo que se manifiesta en la literatura clásica griega, comenzando con Hesiodo, las declaraciones rabínicas sobre el tema son dulces y suaves. El Midrash que describe a una mujer como chismosa, callejera, etc. es realmente una burla y difícilmente alienta la misoginia de los griegos.⁵⁴ Por el contrario los eruditos aconsejan al hombre que honre fervorosamente a su esposa, porque es a través de ella que las bendiciones se asientan en su hogar.⁵⁵ Tales declaraciones pueden ser fácilmente multiplicadas.

Hemos comenzado nuestro ensayo con una pregunta. ¿Cómo explicar la total reversión de la posición de la mujer en la época talmúdica comparándola con la de la época bíblica? Para contestar tomamos como guía a los sabios que han señalado la profunda influencia de la cultura helenística sobre los pensamientos y las costumbres de la Palestina judía en los siglos que precedieron y siguieron inmediatamente a la Era Común. Es notable, por supuesto, entre tales estudiosos, el trabajo sumamente original del difunto Saul Lieberman. En uno de sus dos libros dedicados al tema de la civilización helenística en su impacto sobre los pensamientos y las costumbres rabínicos, el escribe: "Este estudio comparativo convencerá al estudiante del estrecho contacto entre la Palestina judía y el mun-

do helénico en general."⁵⁶ De los centenares de extranjerismos⁵⁷ en la literatura rabínica, el Profesor Lieberman escribe: "Casi todos los extranjerismos reflejan una cierta fase del contacto entre los judíos y los gentiles."⁵⁸ ¿Es demasiado sugerir que en vista de la remarcable similitud, hasta en los menores detalles, entre la posición de las mujeres en Atenas y en la Palestina talmúdica, está justificado asumir la influencia griega? Seguramente, dadas las fuentes a nuestra disposición, no hay forma de trazar líneas directas de dependencia. Sí es cierto, por el contrario, que la vida discriminada y de reclusión de la mujer judía en el período talmúdico no fue un producto del país, sino más bien un producto importado del que, mirando hacia atrás, nosotros, los de una generación posterior podemos muy bien privarnos.

Traducción: Frime Neiman

Notas

¹ Como será advertido, deliberadamente, omitimos una consideración a la situación legal de la mujer. En este área, hay una obvia continuidad entre las épocas bíblica y talmúdica.

² Ello, de cualquier modo, confundió a los sabios, quienes sugieren varias respuestas al porqué la delegación consultó a Julda y no a Jeremías (Megillá 14b). Que la pregunta hubiera surgido en sus mentes es, es sí misma, un reflejo del cambio en la posición de las mujeres en la época talmúdica.

³ Este rol fue conservado intacto desde la época bíblica a la talmúdica (Moed Katan 28b). Se explica esto, probablemente, por el hecho de que los rituales asociados a la muerte y al duelo tienden a mantener su carácter arcaico.

⁴ Ver Louis Epstein, *Hábitos sexuales en el Judaísmo* (Edición hebrea, Tel Aviv, 1959).

⁵ Mishná *Kelim* 28:9.

⁶ *Ievamot* 77a; *Gittin* 12a y en otras.

⁷ El significado del versículo y por lo tanto su traducción son discutidos.

⁸ *Bereshit Rabbá* 18:1; cf. *Taanit* 23b.

⁹ *Tanjuma Vaishlaj* 6.

¹⁰ *Gittin* 90a.

¹¹ *Bereshit Rabbá* 8:11.

¹² Para un ejemplo, entre muchos, ver *Taanit* 20b y cf. *Vaikrá Rabbá* 37:2.

¹³ *Vaikrá Rabbá* 33:1; *Shabat* 119a.

¹⁴ *Nedarim* 49b.

¹⁵ *Tosefta Ketubot* 4:7.

¹⁶ *Tosefta Peá* 4:4.

¹⁷ *Vaikrá Rabbá*.

¹⁸ *Sotá* 22a.

¹⁹ *Mishná Ketubot* 7:5.

²⁰ *Ievamot* 42b; *Ketubot* 76a.

²¹ *Berajot* 43b; cf. *M. Avot* 1:5.

²² *Tanna de Be Eliahu* cap. 18.

²³ *Kidushin* 70b.

²⁴ *Taanit* 23b. En el mismo pasaje está explícita la opinión de que las mujeres fueron concebidas para adorno.

²⁵ *Ievamot* 63a.

²⁶ *Kidushin* 81b.

²⁷ *Berajot* 45b.

²⁸ Yalta, la mujer de R. Najman, que hace preguntas agudas a los sabios, es la única excepción que viene a la mente, además de Bruria, la esposa de R. Meir.

²⁹ "La única sabiduría de la mujer está en la aguja" (*Iomá* 66b); "las mujeres son de mente frívola" (*Shabat* 33b). Los sabios conceden, sin embargo, que una mujer tiene mayores poderes intuitivos que un hombre (*Nidá* 45b).

³⁰ "Si los hombres vienen a aprender, las mujeres vienen meramente a escuchar" (*Jagigá* 3a).

³¹ Ver nota 3

³² *Ketubot* 14B.

³³ *Eruvin* 100b.

³⁴ Esparta ofrece una notable excepción al aislamiento de las mujeres en la sociedad ateniense. Aquí se obtuvo una virtual igualdad entre los sexos. En esto tanto como en sus ideas y costumbres, Esparta era atípica.

³⁵ Aristófanes, por ejemplo, en su *The Thesmoforiazusae*, línea 414. Hay por lo menos dos referencias en la literatura talmúdica a una parte de la casa que estaba separada, y era exclusivamente para las mujeres. (*Tosefta Negaim* 6:3 y *Eruvim* 68 a. Ver Rashi *ad loc.*, beg. *Panu Lee Maai*).

³⁶ W.K. Lacey, *The Family in the Classical Greece* (Ithaca, New York, 1969), p. 159.

³⁷ *Ibid.*, pag. 175.

³⁸ Menandro, Loeb Classical Library (New York, 1921), p. 491.

³⁹ El pasaje de Teócrito es citado en *Historia Mundial de la Mujer*, ed. Pierre Grimal (Paris, 1965). Vol. 1, pág., 321.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Peter V. Jones, ed., *The World of Athens* (New York, 1984), p. 167.

⁴² *The Peloponnesian War* (Harmondsworth: Penguin Books, 1954), p. 122.

⁴³ H.D.F. Kitto, *The Greeks* (Harmondsworth: Penguin Books, 1951), p. 228.

⁴⁴ Victor Ehrenberg, *The People of Aristophanes* (Oxford, 1951), p. 201.

⁴⁵ *Ibid.*, 202.

⁴⁶ Kitto, p. 219.

⁴⁷ Lacey, p. 159.

⁴⁸ *The Suppliants*, Loeb Classical Library (Cambridge, Mass. 1943), lines 40,41.

⁴⁹ Lacey, p. 150.

⁵⁰ *Medea*, Loeb Classical Library (New York, 1919), lines 573-575.

⁵¹ Aristophanes, *The Thesmoforiazusae*. Loeb Classical Library, Cambridge, Mass. 1972), p. 165.

⁵² Menandro, Loeb Classical Library, (New York, 1921), p. 481.

⁵³ *Ibid.* p. 447.

⁵⁴ *Bereshit Rabbá* 8:2.

⁵⁵ *Bava Mezia* 59b.

⁵⁶ *Greek in Jewish Palestine*, (New York, 1951), p.6.

⁵⁷ Estos han sido reunidos, anotados y clasificados por Samuel Krauss en sus vastos dos volúmenes, *Griechische und Lateinische Lehnwörter im Talmud, Midrash und Targum*, (Berlin, 1898).

⁵⁸ Ver nota 56.